

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*La Chimenea*, por D.^a Angela Grassi.—*Cantares* (poesía), por D. Eduardo Bustillo.—*Casarse por carambola* (continuacion), por D.^a Micaela de Silva.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 836, bis.—*Lámina de Modas*, núm. 4.



REVISTA DE MODAS.



N cuestion de Modas, la última quincena de Diciembre corresponde á la primera de Enero!

Las fiestas caracterfsticas de fin de año, son casi un paréntesis para la Moda, que aturdida con el general bullcio huye de paseos y salones, refugiándose en los teatros, cuyo recinto es estrecho para contener la inmensa concurrencia que en estos dias se agolpa á ellos.

Para teatro, la prenda de verdadero carácter, es la *vesta bretona*, chaqueta sin mangas, hecha de terciopelo negro, corinto ó grana, y ricamente bordada con oro ó plata: una de estas prendas sobre un traje de seda claro con manga justa, es un atavío lleno de gracia y originalidad, sobre todo para jovencitas. Tambien las vestas, de igual forma, de encaje blanco ó negro gozan de gran favor, y con ellas se obtiene siempre un complemento distinguido. Así lo comprenden multitud de jóvenes de nuestra aristocracia, que conceden sus favores á esta graciosa creacion de la Moda.

Las principales modistas exageran mas cada dia el corte nesgado de las faldas y su aguda cola en los vestidos de pretensiones, quedando los trajes cortos, llamados *Parisien*, del dominio absoluto de las horas de la mañana. Para estos trajes, nuestros figurines, mas elocuentes que la pluma, han ofrecido modelos llenos de gracia y distincion; pero entre las últimas invenciones, no podemos menos de citar un traje de falda y cuerpo con manga justa de grós pensamiento, corta la primera y terminada por un

volante: una segunda falda de Pekin gris, corta de adelante y con estensa cola, que se recoge en el talle cuando se sale á la calle con este traje, muy ceñida de arriba, con cuerpo escotado en cuadro, unido en el hombro por presillas, y ceñido al talle con cinturon, termina este gracioso traje.

La doble falda obtiene gran éxito por el momento, y de picos ó redonda, túnica ó peplum, de encaje ó de raso, terciopelo ó seda, será la prenda característica de los salones este invierno. ¿Qué puede inventar la Moda mas suntuoso? ¿Qué puede cortar mejor la tirantez de estas faldas sin plegado y de tan exagerado largo? ¡La sobre falda es hoy el recurso de los trajes de salon!

Ejecútanse estos principalmente en raso, con falda encima de encaje blanco ó negro, y sujeta por cordones de flores; otros de grós, ó raso blanco ó ceniza, llevan encima la sobre-falda peplum con agudos picos de raso ó terciopelo grana, azul ó verde, con el cuerpo-justillo igual al peplum, ó berta de solapas igual á este sobre-cuerpo, correspondiente á la primera falda: ambas combinaciones son del mejor gusto. En este género tenemos á la vista un traje de raso color rosa, de inmensa cola, con otra falda encima de tul blanco, sembrada de rosas: ésta que que solo deja ver una cuarta de la primera, lleva encima un peplum de terciopelo rosa, abierto por delante y con cuatro picos con borlas de oro. Cuerpo escotado con berta de vueltas de terciopelo rosa, termina tan régio atavío.

Para estos trajes ricos, consignamos con verdadero júbilo la vuelta del brocatel! Blanco con flores

de vivos colores y oro; ceniza y color de oro, con el brochado blanco; negro con el brochado oro y carmesí, viene á ocupar entre las telas de vestir el primer lugar que de derecho le corresponde. ¿Me pedireis adornos para esta tela suntuosa? El encaje, lectoras mías, el encaje, bien sea blanco, bien negro perlado de azabache. Las pasamanerías y los flecos, adornos pesados de por sí, quedarán relegados á los trajes de telas lisas. ¡Harto ha durado su despótico imperio!

Ya hemos consignado en anteriores revistas que las formas de los sombreros de actualidad son varias. Jamás el sombrero ha tenido la independencia en su hechura y adornos que tiene hoy. Los hay prolongados de adelante, de ala chata y copa redonda con barba ó collar que cruza por delante del cuello: los hay de terciopelo de forma napolitana que parecen un lindo tocado de sociedad: los hay Marfa Antonieta, de gran copa redonda y aplastada con pequeño bavolet y ala ondulada que avanza sobre la frente; este sombrero parece un sombrerito redondo, y su corte admite alrededor de la copa toda clase de adornos. Finalmente, los hay llamados Sevigné, con

fondo rizado, y reunido su plegado en el centro con una estrella de azabache. Las telas adoptadas para todas estas hechuras, son el terciopelo blanco, grana, verde y Bismark; para teatro se hacen en tul y crespon con lindos sembrados, y coronas de rosas y follaje, combinando dobles bridas de cinta y de tul, que se sujetan por delante ó por detrás, segun conviene.

Los prendidos de sociedad siguen dóciles estas formas que marcan los sombreros ó exigen los peinados, y nuestro adjunto grabado de Modas ofrece cofias napolitanas, y prendidos que ocupan solo la parte superior de la cabeza. Los prendidos y los sombreros han ganado en gracia mas que han perdido en estension.

En estos dias, propios de los niños, destinamos tambien á ellos algunas líneas, pero no las busqueis aquí, entre los numerosos detalles de una revista... Buscadlos en la última página, con el lindo grabado que le acompaña, y ved en este el modesto aguiñaldo que á las niñas destina nuestro semanario de Modas.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

LA CHIMENEA.

¿Son acaso bandadas de cisnes las que se posan en la cima de los montes?

¡No, que son las nieves que el invierno ha dejado detrás de sí al descender á las llanuras!

¡El caduco anciano avanza lentamente, pero en donde pone el pié se secan las flores, se marchitan las yerbas, ó las perlas del arroyo se convierten en diamantes. Por do quiera que pasa va arrebatando sus hojas á los árboles, sus nidos á las aves, sus armonías á los ecos!... ¡Ay, desolador invierno, enemigo de la dicha, destructor de cuanto existe!... ¡Pero la Providencia, junto al mal coloca al bien, y rente á un poder maléfico, otro poder bienhechor, que suaviza los rigores del primero!... ¡Contra tus cierzos y tus nieves, implacable invierno, brilla en el hogar el fuego amigo, que todo lo dora y lo embellece con sus mágicos reflejos!

El hogar es tan antiguo como el mundo, y por esto es el dulce emblema del amor, de la familia. ¡Oh, bien decían nuestros antepasados, que el benéfico hogar comunicaba vida y calor á los afectos del alma; el fuego que chisporrotea, la llama que sube y baja, engalanada con los bellos colores del arco iris; el seco tronco que gime y se lamenta, todo parece que se aduna para crear en él un espíritu invisible que preside á la paz doméstica, que alegra nuestra mansion, tétrica y solitaria.

¿Cómo y cuándo fueron inventadas las modernas chimeneas? Los diversos tubos hallados en las ruinas de Herculano hacen presumir que los antiguos no desconocieron su uso, pero no fueron generalmente admitidas hasta el siglo VII.

Los pueblos anteriores á esta época buscaban una defensa contra el frio en sus vestidos de pieles de marta ó de armiño, y en los braseros que colocaban debajo de sus mesas.

El Emperador Juliano, que recorrió la Francia antes de ir á gobernar la Italia, referia á sus amigos que habia estado próximo á asfixiarse, con un brasero mal encendido y olvidado en su dormitorio.

En efecto, los braseros que están todavía en uso en varios países, y sobre todo en España, ofrecen este grave inconveniente.

Por la misma causa, tan pronto como fueron inventadas las chimeneas, gozaron de un favor inmenso, y el arte y el génio se apresuraron á convertirlas en objetos de lujo, embelleciéndolas con sus caprichosas invenciones.

Así es que sorprenden todavía por su riqueza y magnificencia, las que se conservan en nuestros Museos, ó se hallan en algunos palacios antiguos, y que son otros tantos modelos de escultura. ¡Es verdad que entonces la anchurosa chimenea, sobrecargada de adornos y figuras, armonizaba perfectamente con la inmensidad de los salones, con los tapices de tisú de seda, con los macizos y severos muebles!

Los antiguos empleaban en su construcción muchas materias, como la tierra, la piedra, el mármol, el cobre, y hasta la plata: en el día casi todas están estucadas ó revestidas de mármol.

Pero volviendo á su benéfico influjo moral, recuerdo una breve historia, que lo demuestra en alto grado. Héla aquí.

Elisa era una jovencilla rubia, blanca, sonrosada, de ojos de cielo y corazón de ángel.

Amó, fué amada, juró al objeto de su amor eterna fé á los pies de los altares, y ciñó con dulce júbilo la diadema santa de las madres.

Mas ¡ay! muy corta fué su dicha. Carlos, el esposo, se cansó como tantos otros de los placeres fáciles de la vida; como tantos otros desdeñó el bien que poseía, y dejó el amor bendito de la esposa por los frívolos amores de un día, que secan el alma y marchitan la existencia. Era huésped extraño en su propia vivienda, y Elisa sola y abandonada, contaba una á una las lúgubres horas de la noche inclinada sobre la cuna de su niño, y derramando sobre la frente del dormido ángel sus lágrimas amargas.

Pasó un año, pasaron dos, luego tres, y por fin ocho, cayeron en el profundo abismo de la nada!

Elisa rezaba y esperaba: Elisa esperaba que la Virgen salvadora obraría en su favor algun portentoso.

Una noche en que muja el cierzo, en que la nieve, cayendo en grandes copos, cubría de blanquísimas sábanas la tierra, Carlos volvió á su casa, cuando daban las tres de la mañana, y se dirigió á su cuarto, en donde para gozar de mas amplia libertad, había querido habitar solo.

Venia tiritando de frío, con los pies calados de agua, con el alma fatigada por las emociones del baile, del juego, de la cena...

Pero al entrar en su cuarto experimentó una grata sorpresa. En la chimenea ardía un buen fuego, y junto al fuego hervía borboteando una linda cafetera. La cafetera estaba llena de un néctar dorado y transparente.

Carlos exhaló un suspiro de inefable alegría, arrimó una butaca á la chimenea, se arrellanó en ella, y apoyó los pies en los morrillos.

Los secos troncos chisporroteaban alegremente, la llama subía y bajaba, ya verde, ya amarilla, ya encarnada ó de azul de cielo, dejando á veces escapar una lluvia de brillantes lucecitas, que asemejaban á una iluminación fantástica, irguiéndose otras amenazadora y terrible, inundando el aposento con un resplandor vivísimo, mientras la cafetera hervía produciendo un ruido delicioso.

El pensamiento de Carlos pasó de aquellos objetos al hada benéfica que se los había preparado con tan cariñoso esmero.

—¡Una esposa, pensó, la dulce mitad del alma, la que comparte con nosotros hogar, fortuna, vida! ¡Cuán puras son sus caricias, cuán exentas de vil interés sus delicadas atenciones!

Mientras pensaba esto, el sueño, que se introduce por todas partes, sin necesidad de que se le abran ni puertas ni ventanas, andaba por allí revoloteando, y tendiendo en su derredor mil hilos imperceptibles, para dejarle preso; pero aunque impuso silencio á todos los rumores, no pudo im-

nérsele al fuego, que cada vez chisporroteaba mas alegre; no pudo imponérselo á la cafetera, que cada vez borboteaba con un rum, rum mas sonoro.

Carlos se durmió, pero aun durmiendo, oía aquellos ruidos amigos que mecían su sueño, comunicándole un bienestar indecible.

Carlos durmió y soñó; soñó que veía á su esposa encendiendo la lumbre, preparando el té, poniendo un almohadon de pluma sobre la colcha de damasco, para que al reclinarse en el lecho hallase un suave abrigo.

Soñó tambien que veía á su hijo; á su inocente hijo siguiendo todos los pasos de su amorosa madre, entreteniéndola con su alegre charla, ó recitando la oración que ella le había enseñado para que Dios volviese al distraído esposo á buen camino.

Carlos soñó todo esto, y sintió una suave tristeza unida á una santa alegría, tan dulce é inefable, como no la había sentido jamás en ninguna de las brillantes fiestas del mundo, ni al saborear aquellos placeres tumultuosos tras los cuales corría desatentado.

Quiso entonces su mala estrella, que la impertinente y revoltosa llama, suspendiéndose á uno de los leños, ya casi convertido en ascua, acabase de devorarle y lo dividiese en dos mitades.

La una cayó rodando hasta los pies de Carlos, y Carlos despertó: miró en derredor de sí: ¡las amantes sombras de su mujer y de su hijo habían desaparecido! ¡Estaba solo!...

Entonces le pareció que aquel aposento era demasiado grande para uno solo, que los ecos de aquella estancia se querellaban tristemente de reproducir una voz sola.

Se levantó callandito, salió callandito del aposento, atravesó el corredor, y llegó al cuarto de su mujer.

Al través de las rendijas brillaban los reflejos de una luz, y la puerta no estaba mas que entornada. La empujó suavemente, muy suavemente...

Elisa estaba arrodillada ante una bendita imagen de la Virgen, y rezaba con acento fervoroso.

Carlos al verla en aquella actitud, lloró: lloró quizá por la vez primera de su vida.

Pasado un instante de indecision, se acercó á ella, la enlazó en sus brazos, y luego, asiéndola de la mano, la condujo á su aposento.

¿Qué se dijeron ambos sentados el uno al lado del otro, mientras el fuego seguía chisporroteando, mientras seguía haciendo rum, rum la alegre cafetera?

¡Los ecos de la noche son discretos, y no reproducen las palabras!

Pero la curiosa aurora, al querer penetrar coronada de luz en aquella escondida estancia, se retiró ruburosa, porque los dos amantes esposos estaban unidos en un estrecho abrazo.

Desde aquel día, Carlos no volvió á buscar en las fiestas tumultuosas del mundo la dicha que se ocultaba en las brillantes ascuas del hogar, en el fondo de la sonora cafetera, y fué el mas tierno de los esposos, el mas bueno de los padres.

¡Oh, bendita chimenea! ¿Es este el solo milagro que ha producido tu llama alegre y bienhechora?

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

CANTARES.

En tu amor mis ilusiones
Tuvieron su manantial,
Y han muerto, al fin, en tu olvido
Como rios en el mar.

El manantial ya está seco,
Son arenales los rios,
Y es un desierto que espanta
El pobre corazon mio.

Con la flor de mis recuerdos
Y el rocío de mis lágrimas,
He cubierto ya la tumba
De mis muertas esperanzas.

Toca en la tierra la alondra
Y canta despues, subiendo:
« Si buscas amores, niña,
Ven en mis alas al cielo.»

EDUARDO BUSTILLO.

CASARSE POR CARAMBOLA.

(Continuacion.)

El Conde la contemplaba estático, y sin osar añadir una palabra.

Por fin, ella fué la que dijo con voz entrecortada por la emocion, el rubor y el miedo que sentia: —Yo tambien he deseado veros. Quise hacer vuestra fortuna y alejaros para siempre de mi vista; pero al fin he quebrantado la ley que me impuse.... y para eso, ¡si supierais los obstáculos que me ha sido necesario vencer! ¡Si supierais los peligros á que me hallo espuesta! ¡Los deberes que me esclavizan!

El Conde palideció al oirlo, el aguijon de los celos penetró en su corazon, y no pudo menos de preguntarla, con voz trémula y débil: —¿No sois libre, señora? ¿Estais casada?

—Libre, respondió la jóven con prontitud, libre y dueña de mis acciones, es decir, de mis sentimientos; pero ¡ay, esclava de la opinion, del respeto que me impone mi rango! Mas tarde lo sabreis.... ahora no es ocasion. ¿A qué ocuparnos de una cosa que quisiera olvidar? Los momentos de que logro disponer son contados. ¡Cómo vueian!... Habladme solo de vuestra suerte. Deseo saber si es ahora mas feliz que cuando me visteis hace algunos meses.

—No sé qué deciros, señora, momentos hay en que sufro mas que sufría entonces.

—¿Por qué? ¿No se han cumplido los deseos que teniais?

—Los que tenia entonces, sí señora; pero el corazon es insaciable, y apenas consigue lo que desea, forma nuevos

deseos, y los míos son ahora mas vehementes, mas osados, y su realizacion la juzgo imposible.

—Nada es imposible cuando hay fuerza de voluntad, exclamó la dama interrumpiéndole, la prueba es que me hallo aquí.... y para lograrlo he tenido que vencer mil obstáculos, y valerme de todos mis recursos, ora echando mano de mi autoridad, ora humillándome hasta el ruego.... He tenido que ganar á esa persona, cuyo deber es no separarse de mí, y su condescendencia puede muy bien costarla el morir encerrada en una prision, ó cuando menos en un claustro. ¿Juzgais que me habrá sido fácil el persuadirla? Pero no es eso todo, para venir á este sitio he tenido que fingir una indisposicion repentina, he tenido que burlar la vigilancia de los unos, la curiosidad de los otros, y mañana toda la corte hablará del lance, todos sabrán que hoy he pasado aquí algunos minutos.... los únicos que podré pasar, porque volver aquí no es ya posible, sería una imprudencia que comprometeria vuestra vida.

—¡Oh, si no hay otro inconveniente! Venid, señora, ese riesgo le desafío.

—Hay otros muchos; pero no importa, ya veis los he arrostrado por venir á cumplirlos mi palabra.

¿Y os hallais en ánimo de repetir la entrevista?

—¡Oh! al veros tan turbada, presumo que no! Y esa idea emponzoña el gozo que me causa el oiros. El misterio que os rodea me asusta. Ni aun sé vuestro nombre. ¡Ah! ¡señora, me sería tan dulce pronunciarle, decídmelo! y si es preciso, le callaré á todos, mis labios no le pronunciarán ni aun á solas, pero al menos podré bendecirle con el pensamiento...

La dama hizo un gesto y apartó el rostro, como si temiera dejarse vencer por las instancias del caballero; éste no se atrevió á insistir, algunas rápidas conjeturas se le vinieron á las mientes, pero no se fijó en ninguna, porque ninguna le parecia verosímil. Todo cuanto veia y escuchaba confundia su penetracion; lo único que pudo inferir, por el acento, fué que la dama no era española, por mas que hablase con pureza el idioma castellano. En cuanto á su clase, desde luego era fácil adivinar que debia ser elevadísima. Lo que mas estrañaba el Conde, era la mezcla de altivez, osadía y candor infantil que notaba en ella, tanto en las palabras como en el juego de la fisonomía.

Mirábala todavía con mas curiosidad que pasion, y ella por su parte, fijaba en él sus ojos azules con una espresion estraña; parecia estar atolondrada y confusa, mas bien que temerosa.

—Y bien, exclamó despues de un breve silencio. Despues de todo, vuelvo á encontraros triste, desanimado, descontento, como el dia que os conocí. ¿Acaso no recordais que os dije tenia empeño en que bendijerais todos los dias de vuestra vida la hora en que me visteis?

—Sí, señora, lo recuerdo, pero, ¿cómo he de bendecir la vida, si no he de volver á veros?

—Me vereis, dijo la jóven con resolucion; el paso que acabo de dar es demasiado atrevido para que pueda yo re-

troceder; nos veremos D. Enrique... Ya que la suerte me obliga, quiera ó no, á permanecer en España... quiero ser vuestro ángel bueno, quiero ser el instrumento de vuestra dicha, y haceros todo el bien que pueda, sin perjuicio de mi honra, ni ofensa de Dios.

—Ay! Señora, cuánto recelo y amargura se mezclan con el júbilo que me causan esas palabras, dijo el Conde suspirando. No sois española, no vivís á gusto en mi patria, y acaso la dejareis cuando menos lo piense.

—¡Ojalá fuese mañana! repuso con viveza su interlocutora; vendríaís conmigo á Francia.

—¡A Francia! ¿Luego sois francesa? ¿No es eso?

—¡Sí, gracias á Dios!... ¡Ah, qué país este! ¡cómo me fastidia!... Desde que vine á él, no he cesado de suspirar por Versailles y París, y sin atreverme á decirlo, de miedo que pareciera mal á la corte. En esta corte tan etiquetera y fastidiosa vos sois el único á quien me atrevo á tratar con esta confianza. Como fuisteis franco el día que os conocí, y me hablasteis con el corazón en la mano, vé ahí por qué os hablo ahora lo mismo.

Un gran ruido que sonó hácia la parte de afuera, vino á cortar súbitamente la conversacion.

—Chiton, dijo la dueña, que habia permanecido de pie junto á la puerta, con la mano encima del picaporte, y el oído atento al mas leve rumor.

La jóven volvió sobresaltada la cabeza, y su rostro palideció al oír el sonido de las vocinas, que anunciaban la proximidad de los cazadores.

—¡La comitiva se acerca! murmuró la dueña con espanto; dentro de algunos instantes llegarán...

Por Dios, señora, despachad.

—¡Ocúltalos! dijo la dama señalando á la pieza oscura; ocúltalos, Conde, y no salgais hasta que haya cesado el ruido, va en ello mi honor y vuestra vida. Nos veremos otra vez, os empeño mi palabra...

Besó el Conde la mano que le tendia, y precipitose hácia la oscura pieza, cuyo cerrojo corrió por dentro. El ruido crecia, mas no era posible distinguir las voces que se cruzaban, se respondian, y se confundian con los ladridos de la jauría, los toques de las bocinas y gritos de los picadores; este tumulto duró cosa de un cuarto de hora, despues se oyó rodar un coche, y todo volvió á quedar en silencio.

El sol habia desaparecido del horizonte, cuando el Conde se resolvió por fin á dejar su escondite; abrió con precaucion la puerta, y nada oyó; asomó la cabeza, y á la débil luz que penetraba por las claraboyas, vió que no quedaban apenas vestigios del paso de aquella mujer ó hada misteriosa; los tapetes ó almohadones habian desaparecido con ella; solo recordaban su estancia los tizones que ardian en el hogar, y un vago perfume en el aire.

Don Enrique salió de la Granja con el corazón henchido de gozo y esperanza, y la mente llena de ambiciosos pensamientos. Su amor exaltábase á impulsos de la vanidad; vió á su alcance la fortuna, el rango y los honores que tanto habia codiciado. Consideró que por su propia nobleza, podía, sin delirio, aspirar á las mas ilustres alianzas, y se dijo á sí mismo con orgullo. Esa mujer es libre, y aunque sea una Duquesa, no se rebajaria casándose conmigo.

Embebido en estos pensamientos, y temblando de frio,

llegó al meson donde impaciente le aguardaba el artista.

—Y bien, ¿qué hay? le preguntó Fernando ardiendo en curiosidad: ¿habeis visto á la misteriosa desconocida? ¿Os ha revelado su nombre?

—Sí, la he visto. Sé que me ama, que es tan buena como hermosa. ¡Me ama, Fernando, me ama! Dí, ¿no es bastante saber eso?

—No me satisface del todo, repuso el artista un poco mohino al ver defraudada su esperanza de saber algo mas. ¿No le habeis preguntado su nombre?

—Se lo he preguntado, mas observé que la disgustaba la pregunta, y por eso no insistí.

Fernando encogióse de hombres, con aire de forzosa resignacion, y despues suspirando, dijo:

—¿Sabeis que Azucena está en Madrid?

—¿Cómo lo sabeis?

—Me lo ha dicho esta mañana un parroquiano de la taberna de Chinchilla.

El Conde hizo una mueca desdeñosa, y contestó:— ¡Poco me importa!

Muchos dias trascurrieron sin recibir noticias de la dama. El Conde iba desanimándose, y temiendo que concluida la licencia, se veria precisado á volverse á Murviedro como habia venido.

La corte se disponia á dejar el Escorial para ir á pasar una temporada en Aranjuez. Antes de partir, debia celebrarse un besamanos en celebridad de los dias de uno de los Infantes.

Esta ceremonia era digna de verse á causa del gran número de personajes que acudian desde la capital á rendir homenaje al Soberano. Los grandes, los títulos de Castilla y funcionarios del reino, rivalizaban en el cumplimiento de un deber que halagaba su amor propio. El conde de Peñafior no quiso desperdiciar la ocasion, pareciéndole muy oportuna para indagar el misterio que le preocupaba. Esa mujer, decia, esa beldad, que por lo visto se ha propuesto volverme loco, quizá se hallará entre las damas de honor, y á lo menos sabré á quien amo!

En el capítulo siguiente verá el lector si pudo conseguir el logro de sus deseos.

IV.

Verificose la ceremonia del besamanos en el gran salon del Trono. El Conde al entrar quedose deslumbrado. Nunca sus ojos habian contemplado cosa igual.

El Rey, la Reina y demás personas reales ocupaban el Trono y sus respectivos asientos de honor; los grandes permanecian de pie cerca del Rey; las damas de la grandeza ocupaban sus asientos detras de la Reina. El luto de corte no las impedia lucir sus riquísimos aderezos de perlas y brillantes. Una multitud de prelados, monjes, caballeros y oficiales aguardaban el turno de ser llamados para besar la mano de SS. MM. y AA.

Ergufanse algunos de aquellos nobles al ver las pinturas que adornaban el salon, y reconocer sus armas y blasones entre las que lucian los héroes retratados en los lienzos que recordaban los terribles encuentros sostenidos contra los moros y demás enemigos de la España.

D. Enrique no se detuvo á buscar en aquellos lienzos el escudo de los Peñaflores, que allí debía estar, puesto que sus antepasados se habían distinguido en cien encuentros. Otra cosa le preocupaba. Sus ojos se fijaron en la muchedumbre de damas altaneras, graves y encopetadas, que se mantenían serias y ufanas con su derecho de permanecer sentadas sobre almohadones en presencia de las testas coronadas.

Veíalas el Conde solo de perfil y al través de las plumas y encajes que á cada momento se interponían entre sus ojos y el grupo que llamaba particularmente su atención. Así fue que, por mas que hizo, no pudo distinguir el rostro que buscaba.

Cuando le tocó su vez, acercóse al trono, y al paso dirigió una mirada sobre aquel grupo que veía mas de cerca y sin obstáculo de por medio: nada vió que le satisficiera, y bajó la mirada sin atreverse á fijarla en el rostro de las personas reales. Dobló la rodilla en presencia del Rey y de la Reina, besóles la mano, y al ir á inclinarse para besar las de los Príncipes, su frente se cubrió de un sudor frío, sus rodillas se aflojaron, y en poco estuvo que no cayera sobre la primera grada del trono. Este vértigo le produjo la vista de la joven Reina, viuda de Luis I, cuya mano besó aturdido y sin saber lo que le pasaba.

Luisa de Orleans ruborizóse ligeramente, pero no dió

señal ninguna de sorpresa ni emoción. La duquesa de Montecano, su camarera mayor, que se hallaba de pié junto á su señora, se puso pálida y amarilla como la cera, y para disimular su turbación, dióse aire con el abanico, ó mas bien estendióle á guisa de pantalla. Mas no tan pronto que no la reconociera el aturdido Conde.

Salió éste de la sala régia sin ver por dónde iba: su cabeza era un volcan, sentía las llamaradas del orgullo, del amor, del júbilo, pero no sin mezcla de temor y recelo. ¡Amaba un imposible!

Cuando fué á reunirse con su amigo, éste le hizo mil preguntas, y él contestó diciendo:—Sé ya quién es la señora de mis pensamientos, pero su nombre no saldrá de mis labios. Es un secreto que morirá conmigo. No me preguntes, porque nada te diré; nada.

—Pues señor, paciencia! exclamó el artista, lugar tendrá á saberlo el día de la boda!

—¡Oh, calla! ¡calla! Estás desatinando, ¡ese casamiento es imposible!

—¡Imposible! repitió el artista con asombro. ¡No comprendo! ¡Si nos habrá engañado esa pícara de gitana! Y á propósito, ¿sabeis que se halla en el Escorial?

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

TEATROS.

A la verdad no sabemos cómo empezar á dar noticia de las muchas obras dramáticas estrenadas durante los últimos días. Su crecido número, su varia índole componen un conjunto de tan heterogéneas circunstancias que no es fácil hacer otra cosa que una descarnada relación, en vez de una síntesis artística, ó cuando menos artificiosa, en que haya principio, medio y fin. Veremos por lo tanto el modo de pasar revista á todos los coliseos, consagrando algunas breves líneas á cada una de las producciones en ellos ejecutadas. Para verificarlo no nos ceñiremos solamente á investigaciones personales pues no hemos podido multiplicarnos hasta el punto de presenciar á la vez diversas funciones en partes diferentes. Respecto de las obras que no hemos visto acudiremos al criterio público manifestado por los diarios de la corte.

Comencemos la excursión.

PRÍNCIPE. Ya dijimos en el artículo anterior que en él se había estrenado, como función destinada á las representaciones de tarde, una comedia en tres actos y en verso, denominada *Oros, copas, espadas y bastos*. Añadiremos ahora que es original del laborioso autor dramático D. Luis Mariano de Larra.—Las condiciones de esta obra nada tienen de particular ni extraordinario, pues su fondo carece de importancia, y su forma no pasa de ser graciosa y ligera. Fué sin embargo oída con gusto, y se celebraron muchos donaires y chistes en ella sembrados, por lo cual cree-

mos que es obra digna de estimación y que tendrá su lugar especial en el repertorio. Después de seis ó siete representaciones dadas por la tarde, ha pasado á las de la noche por haberse suspendido las de la comedia en ellas estrenada.

Era ésta, según tenemos indicado, una en tres actos original y en verso, titulada *Hoy*. Basada en un pensamiento moral y utilitario, aunque no de grande elevación, como lo es el recomendar la conveniencia de la economía, se hace desde luego apreciable porque entraña una solución práctica para la vida. El desenvolvimiento, sin embargo, que el autor dramático ha dado á semejante tesis es lánguido y de escasa energía tanto en la pintura de los caracteres como en los recursos de que se ha valido, por lo cual el efecto escénico de la obra adolece de palidez, circunstancia siempre sensible en el teatro. La forma literaria es bastante correcta y agradable. En suma: *Hoy* es una comedia que camina á buen fin, si bien se emplean en ella medios de escaso efecto. Su autor, D. José Marco, aplaudido en obras anteriores, debe haber quedado satisfecho del éxito, pero puede aspirar con su talento y laboriosidad á otros mas nutridos y mayores.

ZARZUELA. Una *fantasía bíblica* en tres actos y seis cuadros, original y en verso, fué nada menos la obra estrenada en dicho coliseo en la tarde del 24. Se denomina *La Estrella de Belén*. Conjunto extraño de sencillez y malicia, produce también un efecto extraño de complacencia y de

poco interés. Es obra de circunstancias especiales por lo cual tiene sólo su lugar en los presentes días; y por lo que hace á su valor dramático y escénico no salva los límites de lo regular. Esta fantasía ha sido escrita por D. José María Gutierrez de Alba.—La representacion y la *mise en scene* han sido esmeradas, cosas ambas nada raras en el teatro de que tratamos.—Una pieza en un acto, arreglada del francés, siguió á esta fantasía: llámase *Mercurio y Cupido*. Es obra de pasatiempo y nada mas.

Ejecutóse por la noche una produccion de mayores aspiraciones, original de dos escritores distinguidos, los señores Nuñez de Arce y Hurtado. *La jota aragonesa*, drama á que aludimos, tiene en su abono el elevado espíritu patriótico que respira, dirigido á mantener vivo el recuerdo de aquella lucha gloriosa que á principios de este siglo sostuvo España contra el colosal poder de Napoleon. Escenas apasionadas, rasgos vehementes revelan constantemente tan generoso sentimiento, pecando tal vez de excesivas sus manifestaciones. Como fábula dramática deja en verdad mucho que desear, pues la accion es pobre y en demasiada extension desarrollada; así como tambien los caracteres son poco consecuentes, excepto algunos de segundo ó tercer orden, y el del afrancesado de buena fé retratado en el personaje de Luis. Pero todas estas imperfecciones, así como otras que dimanen de la manera harto culta que tienen de expresar sus ideas y afectos ciertos personajes rudos del drama, son perdonadas por el público merced á la sana intencion que en él domina y al poético y apasionado final en que la jota aragonesa es el canto de redencion que convierte á Luis en noble defensor de su patria. No es fácil calcular por ajena relacion el mágico efecto que en el corazon causa oír con el melancólico y valiente canto que da nombre á la obra aquella copla popular que sigue:

La Virgen del Pilar dice
Que no quiere ser francesa,
Que quiere ser capitana
De la tropa aragonesa.

El público comprende al sentirlo la conversion súbita

del afrancesado, ya preparada por el entusiasmo de todos sus conciudadanos. En punto á versificación hay desigualdades perceptibles pero con grandes bellezas en ellas. Tiene el tercer acto una escena en quintillas preciosamente escritas.—*La jota aragonesa* ha sido muy bien ejecutada por las Sras. Díez y Lamadrid, y los Sres. Catalina (D. Manuel), Oltra, Mario, Casañer, Pastrana, Móstoles y Estesó.

Una pieza en un acto y en prosa, original del mismo Sr. Hurtado, hízose á continuacion. Se llama *En el cuarto de mi mujer*, pero el título solo le es aplicable en una parte: pudiera llamársele *Los quid pro quo*, si ya no se hubieran representado. De corte enteramente francés, sin fin alguno más que el de entretener, es chispeante y ligera, y consigue completamente su objeto. Sus situaciones no son nuevas, pero su diálogo es sumamente vivo, y chistoso á veces. Alguna frase y alguna reticencia son sin embargo en ella de índole un tanto dudosa en punto á conveniencia.

Cinco. De la comedia en tres actos estrenada por la tarde, *De Madrid á Bayona*, sólo podemos informar negativamente, esto es, que nada sabemos acerca de su mérito. Basta no obstante recordar que no pasó al día siguiente para comprender su infelicidad.

Ruede la bola, obra en dos actos del Sr. Mozo de Rosales, es un pasatiempo de la estacion. Hace reir, pero no deja huella trás de sí. Se estrenó por la noche.—1866 y 1867, revista del Sr. Gutierrez de Alba, ejecutada á continuacion de aquella, es un apunte de sucesos del presente año que tiene poco efecto, á vuelta de algunas alusiones pasaderas.

No podemos estendernos más. Antes de concluir diremos sin embargo que los Bufo han estado poco afortunados con la bufonada gatuna *De tejas arriba* y con *El pavo de Navidad* estrenado posteriormente á aquella obrita. Para tener de esta última alguna idea diremos que en los carteles se le califica de *asado de circunstancias, relleno con música*.

DIEGO DE RIVERA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 836, bis.

NUM. 1. *Prendido* de sociedad, formado por un retorcido de terciopelo verde, y cordon de oro, cuyos extremos rodean la moña de pelo, cayendo las puntas flotantes por detrás. Algunas plumas en sprit, sujetas por un camafeo, le adornan á la izquierda.

NUM. 2. *Cofia* napolitana, con punta por delante, toda de guipure, bordada de cuentas y con puntilla guipure alrededor: dos cintas azules orilladas de puntilla la atraviesan, reuniéndose debajo del pelo por detrás, de donde descienden los cabos de la una flotantes.

NUM. 3. *Peinado* de sociedad, compuesto de cocas por delante, separadas por lazos de cinta grosella, y moña formada por una coca en el centro y cinco alrededor, intercaladas con lazos: rizos postizos sobre la frente.

NUM. 4. *Peinado* de sociedad, con todo el pelo levantado de adelante, y dos coronas de flores que terminan debajo de la moña, cubierta á su vez por un postizo de tirabuzones: dos plumas blancas y un grupo de flores van prendidas á la derecha.

NUM. 5. *Camiseta*, plegada por delante y adornada de un entredos de guipure, que baja desde el cuello, figuran-

do esclavina de picos por delante y por detrás. Igual adorno se repite en la manga.

NUM. 6. *Camiseta*, de puntas redondas, adornada todo alrededor de una cenefa de pliegues con entredos encima en zig-zags. Cuello vuelto, de picos.

NUM. 7. *Cuello y manga*, de holanda, adornados de cordon de seda negro, y cerrados por presillas del mismo.

NUM. 8. *Cuerpo*, de muselina con pliegues y entredos de guipure sobre cintas de tafetan de color.

NUM. 9. *Cuello*, de encaje de Inglaterra, con viso do tafetan, y lazo de igual color.

Explicacion del Grabado de Modas, para niñas.

FIG. 1.^a *Vestido*, de poplin grosella, con cenefa al canto de soutanche negra. *Paletot* holgado, de paño azul ó mo-

rado, con esclavina de pico guarnecida de chinchilla, así como el bolsillo y bajo de la manga. *Gorrillo*, de terciopelo negro con pluma de greba alrededor, y sprit.

FIG. 2.^a *Vestido* de Pekin, á listas de raso, gris y azul: *Paletot* largo, marcando el talle, de paño de terciopelo grana ó azul, adornado de grandes botones y de dos pespuntos, que corren alrededor, repitiéndose en la manga, cuello y los bolsillos. *Sombrero* redondo de fieltro, con cintas flotantes por detrás.

FIG. 3.^a *Vestido* de grós color de fuego, brochado de blanco, cortado en picos al borde inferior, ribeteados de terciopelo negro. *Paletot* holgado, de lana blanca y negra, con cuello, vueltas de manga y carteras de bolsillo, de terciopelo negro bordados de blanco: dos terciopelos negros le adornan alrededor. *Gorrillo* redondo de terciopelo negro, guarnecido de astrakan.

À LAS SUSCRITORAS.

A la altura á que ha llegado nuestro periódico, parecia no poder ir mas allá en punto á los muchos y ricos accesorios que le acompañan, y sin embargo, como habrán observado nuestras amables y consecuentes suscriptoras, desde Octubre hemos aumentado por extraordinario un grabado mas, que se ha repartido con el número de fin de mes, como mejora anticipada, que entre otras teníamos preparada para el año próximo.

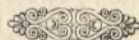
Con el aumento de este grabado, que es estensivo á todas las secciones, reciben las de Modas en cada número del periódico dos objetos, es decir, el figurin iluminado, y un grabado de labores ó Modas, de esmerada ejecucion. De este modo hemos conseguido, aunque á costa de grandes sacrificios, que el CORREO DE LA MODA sea el periódico mas rico de accesorios que se publica en Europa, y relativamente el mas barato. Esta no es vana palabrería, es la sencilla demostracion de un hecho notorio.

Al añadir este grabado, hemos pensado muy especialmente en las antiguas suscriptoras á LA EDUCANDA, muchas de ellas profesoras de educacion, que de esta manera obtienen por la módica suma de 4 rs. al mes en Madrid, y 5 en provincias, un periódico completo, y el mas económico, á cuyos números acompaña siempre un grabado, pudiendo la que desee figurines iluminados, suscribirse á las secciones del CORREO.

Estos grabados de Modas nos conducen insensiblemente á otra mejora que no podrán menos de agradecer la mayor parte de las suscriptoras. Ellos nos prestarán materia á interesantes artículos sobre el corte de vestidos con todos sus detalles, y con aplicacion alguna vez al sistema métrico decimal, á que tan aficionadas son por sus resultados prácticos muchas de nuestras lectoras.

Nada diremos de los demás ramos que abraza nuestra publicacion, ni del de *Peinados*, que por sí solo y por sus magníficos figurines, podria constituir una publicacion aparte, y en la nuestra es un rico accesorio. Nuestras suscriptoras saben por una esperiencia de muchos años, que no retrocedemos ante ningun sacrificio en nuestro deseo de complacerlas.

Solo les rogamos que no demoren el aviso de la renovacion de sus suscripciones, para que reciban sin retraso los primeros números del año de 1867, en el que les deseamos satisfacciones.



Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID. — 1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo. — ULMO, 14.